

# ASIA MENOR Y LA CONSTRUCCIÓN DE LAS FRONTERAS INTERNAS EN BIZANCIO ENTRE LOS SIGLOS VII Y X

[Asia Minor and the construction of Byzantium's internal borders between the 7th and 10th centuries]

Carlos Martínez Carrasco  
*Universidad de Córdoba*  
*Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas*

## RESUMEN

Una frontera no es sólo una construcción frente al otro exterior, particularidad que se observa en los Imperios multiétnicos como el Bizantino. Asia Menor fue durante siglos un conglomerado de pueblos cuyo nexos principal fue la obediencia a un mismo emperador, pero con enormes diferencias entre sí, basadas en la lengua, la etnia y la religión, puesto que siempre se adscribían a la misma Iglesia. Durante los siglos VII al X, se produjeron numerosas divisiones del espacio microasiático con el objetivo de acomodar las nuevas fronteras internas a la realidad política bizantina de cada momento. Pero no se trató de divisiones aleatorias, sino que trataron de responder también a las características de la población que vivía en ellas. Las fuentes permiten establecer el discurso legitimador de las divisiones que se hicieron de los *themata* de los Anatólicos y los Armeniacos a lo largo de los tres siglos cruciales de Bizancio.

PALABRAS CLAVE: Bizancio, califato, Asia Menor, fronteras, *thema*

## ABSTRACT

A frontier is not just a construction in the face of the outside other, a particularity that can be observed in multi-ethnic empires such as the Byzantine Empire. Asia Minor was for centuries a conglomerate of peoples whose main link was obedience to the same emperor, but with enormous differences between them, based on language, ethnicity and religion, since they were always attached to the same Church. During the 7th to 10th centuries, numerous divisions of the micro-Asiatic space took place in order to adapt the new internal borders to the Byzantine political reality of the time. However, these divisions were not random, but were also intended to respond to the characteristics of the population living within them. The sources allow us to establish the legitimising course of the divisions that were made between the *themata* of the Anatolians and the Armenians throughout the three crucial centuries of Byzantium.

KEYWORDS: Byzantium, Caliphate, Asia Minor, frontiers, *thema*

*El helenismo en Asia Menor. Desde Bizancio hasta 1923*, coordinado por Maila García Amorós [*Estudios Neogriegos. Revista de la Sociedad Hispánica de Estudios Neogriegos* 22 (2023)], pp. 1-19.

ISSN 1137-7003

En el siglo XVII, Sebastián de Covarrubias no define la voz «frontera» a pesar de que se registra en castellano en los versos del *Cantar de Mío Cid* para referirse a ese espacio comprendido entre las tierras de moros y cristianos; entre Alandalús y Castilla (Corominas 1984, s. v. frente). Tenemos que ir a la raíz del término, «frente», del que deriva frontera, para tener una idea de qué se entendían por tal los contemporáneos del lexicógrafo. De este modo, nos dice que: «puede ser parte opuesta, como en la casa frontera. Frontera, la raya y término que parte dos reynos por estar frontero el uno del otro. Frontero, lo mismo que de enfrente» (Covarrubias 1611, 414). Sigue el diccionarista del Siglo de Oro profundizando en esa idea de confrontación, llevándonos a una cuestión clave cuando asegura que «confrontarse dos personas es asimilarse en las condiciones por ser de una misma complejión y calidad».

Podría ser la complementariedad de los distintos obligados a convivir en un mismo espacio. De lo que no cabe duda es de que esta definición es hija de su tiempo. Cuando la «frontera» entre en el *Diccionario de Autoridades*, en el tomo publicado en 1732, lo hará con esa acepción de raya entre reinos, de línea divisoria (*Autoridades*, s. v. frontera). No obstante, la voz «confrontar» conservará ese significado de integración que poco o nada tiene que ver con el uso actual que se le da en castellano, de enfrentamiento o careo entre dos personas o documentos. Ver la evolución de la lengua debe servirnos para ver la evolución de las sociedades que la crean a lo largo de la Historia. Y en nuestro caso, para darnos cuenta de que lo que hoy nos divide, ayer o anteayer era un espacio de confluencia —aunque en otros contextos eso de «confluencia» tenga otras connotaciones no siempre positivas—.

El sentido del término «frontera» en castellano no representa ninguna novedad. En griego, la voz *ὄρος* puede traducirse como ‘límite’, ‘mojón’ de las tierras de labranza. Ese es el significado con el que se usa en los poemas homéricos, cuando describe la dureza de los combates, que asimila a la pelea entre dos campesinos por el hito de una linde (*Il.*, 12.421). O a la piedra con la que Atenea golpeó al dios de la guerra en una disputa por el apoyo de una a los aqueos y del otro a los troyanos (*Il.* 21.405). Para Heródoto es la línea que separa, por ejemplo, las tierras de medos y lidios (Hdt., 1.72.2); o las que habitaban los escitas labradores de las que poblaban los alizones (Hdt., 4.52.3). También la que mediaba entre los territorios de las *polis*, las ciudades-Estado; una demarcación en disputa durante la Guerra del Peloponeso (Th., 4.92.5). Pero en el siglo V/IV d.C. no se olvidó el significado primitivo de *ὄρος* como bloque de piedra, que emplea el considerado «padre de la Historia» al describir los monumentos funerarios de Lidia (Hdt., 1.93.2). Pero cuando los griegos clásicos se referían a la «frontera» no se referían sólo a algo físico, sino que lo hacían también

con un sentido temporal, aludiendo con ella al límite de la vida humana, que hombres sabios como Solón fijaron en los setenta años (Hdt., 1.32.2).

Existe en griego otra voz para referirse a esos espacios, *ἀκρίτης*, cuya raíz *ἄκρον/ἄκρα*, remite al punto más alto o al más alejado, que pasará a significar «frontera exterior» del Imperio. Empezó a ser un término usual en los tratados militares de los siglos X y XI para designar a las unidades establecidas en las zonas fronterizas, si bien no se refiere a un tipo de tropas especiales. Si hay una parte del Imperio que se identifica con los *akritas* es la frontera del Éufrates, o lo que es lo mismo, la frontera con el islam, hasta tal punto que con frecuencia los musulmanes también aparecen bajo esta denominación en los textos bizantinos. Tal es la imbricación del *ἀκρίτης* con el Oriente, que estos personajes no aparecen en las otras fronteras bizantinas. No los hubo contra los búlgaros o los magiares, frentes en los cuales se menciona sólo al *ἀπελάτης*, «ladrón de ganado», «el que se lleva lejos», otra de las figuras características de la vida fronteriza, el de las tropas irregulares y los bandoleros que hicieron de la inseguridad su principal modo de vida (ODB, 47 y 127-128).

Es inexcusable pues, la mención a la que quizás sea la epopeya más conocida de la literatura bizantina, el *Βασιλῆϊος Διγενῆς Ακρίτης*, cuyas concomitancias con el *Cantar de Mío Cid* han sido analizadas por el profesor Miguel Castillo Didier (2012). Ambos personajes son prototípicos del mundo de la frontera, aunque en el caso bizantino es mucho más acusado que en el castellano. El propio nombre del personaje ya es indicativo de su carácter de «anfibia cultural»: *διγενῆς* es la fusión de dos términos, *δύο* > «dos» y *γενή*, la forma poética de *γενεά* > «linaje», «estirpe», y que podríamos traducir como «mestizo» por cuanto el héroe tiene un «doble linaje», al ser hijo del emir Mansur de Siria y la hija cautiva de un general bizantino de la familia de los Ducas de la que se enamora (Castillo Didier 2012, 104; Ctoris 2015, 28-29). El de la cautiva es un *topos* literario que tiene un largo recorrido en la literatura castellana medieval con ejemplos como el del *Abencerraje*. El *akrita* Basilio el Mestizo participa de los dos mundos, moviéndose en ese espacio liminar que separa *lo* cristiano de *lo* musulmán, en el que, al igual que en la epopeya de Rodrigo Díaz de Vivar, se reconocen ciertos valores positivos en el otro, sobre todo aquellos en los que se identifican con los propios. Es una forma de ensalzar al héroe «nacional», sea Diyenís o el Cid.

Esta imagen literaria de la frontera encaja perfectamente con la realidad histórica que se vivía en la *Μικρά Ασία*, en la península de Anatolia., ese territorio comprendido entre los montes Tauro y el mar de Mármara. Un espacio heterogéneo desde todos los puntos de vista para el que podría estar acuñado el concepto de «zona de contacto» que la lingüista Mary Louise Pratt aplicó a la región de los Andes bajo dominio español (Pratt

1996). Bajo esta denominación, hacía referencia al espacio en el que convivían dos culturas que habrían seguido desarrollos diferentes, pero que se ven obligadas a convivir en un marco de dominación colonial. En esa «convivencia» se produce un intercambio en ambas direcciones, porque no es sólo la cultura de los sometidos la que se ve permeada por la cultura de los vencedores, sino al contrario: la visión que del mundo tienen los dominadores en parte estará mediatizada por la visión de los vencidos, ya que en muchos casos hay un proceso de asimilación de las elites subordinadas.

Hablar de colonialismo para los siglos VII-X de nuestra era puede parecer anacrónico, pero a veces necesitamos términos convencionales para explicar realidades que no son exactamente iguales pero que se asemejan. En línea con esto, algunos historiadores han llamado la atención sobre el modo en que la cultura griega fue imponiéndose sobre el resto de la mano de unas elites que identificaron el idioma y todo lo que ello lleva aparejado como vehículo de cultura con la Iglesia Ortodoxa. Por esta vía se crea una identidad grecortodoxa que entra en colisión con las restantes identidades que se dan cita dentro de las fronteras bizantinas, sobre todo en lugares tan complejos como Asia Menor. Esto provocaría que muchos de esos pueblos se sintieran excluidos de esa definición identitaria. Ahora bien, el éxito de esa construcción histórica y política que fue el Imperio bizantino reside en la disposición para la adaptación e integración, siendo capaz de modificar esa definición para incluir a unas poblaciones que a partir del siglo VII se convirtieron en los pilares sobre los que se sustentó la *πολιτεία*.

Es lo que se encuentra detrás de todas las reformas territoriales o religiosas. O los movimientos de poblaciones más o menos forzados que fueron configurando el territorio microasiático a lo largo de los trescientos años que centran este trabajo, cuyo *leitmotiv* es la adecuación a un nuevo escenario de «*οἰκουμένη* limitada» del que serán plenamente conscientes los emperadores de la dinastía Macedonia, cuyo gobierno se extendería hasta la segunda mitad del siglo XI, una de las más longevas en la Historia del Imperio. Basilio I (867-886), pero sobre todo su hijo León VI (886-912), apodado «el Sabio», fueron conscientes de la imposibilidad de retornar a las fronteras de la Roma clásica, de repetir la política expansionista de Justiniano (527-565), sencillamente porque el mundo había cambiado. Quizás el elemento más significativo para entender esa mudanza sea el reconocimiento de la existencia del Sacro Imperio a través de una alianza matrimonial, la de Teofanó con Otón II en 972, si bien ella no era una princesa porfirogeneta («nacida en la púrpura»).

Un primer reconocimiento de la existencia de una diferencia étnica sobre el terreno de Asia Menor lo tendríamos en torno al año 625-626. La

alusión de Teófanos el Confesor a «Γεώργιον, τὸν τουρμάρχην τῶν Ἀρμενιάκων», ‘Jorge, *tourmarca* de los Armeniacos’ (Theoph., AM 6118, 325; Mango – Scott 1997, 453), al frente de una tropa con la misión de asegurarse de que los persas no habían cortado los puentes sobre el río Narbas. Esta mención ha dado pie a la especulación acerca de si ya existía una demarcación, un *thema*, con la denominación de Armeniacos. Creo que resulta algo arriesgado aventurar esto dado lo temprano de la fecha y el contexto en el que se produce, el de la guerra contra Cosroes II (590/1-628). En este caso, el término ‘*tourmarca*’ debe ser entendido como un comandante militar. Interpretación que podemos apoyar en la mención que leemos en el *Chronicon Paschale*, para el año 16 del reinado de Heraclio, es decir ca. 626, a un «Λεόντιος κόμης τοῦ Ὀψαρίου», ‘Leoncio, conde de los Opsarios’ (*Chron. Pasch.*, s. a. 626, 715; Whitby – Whitby 2007<sup>2</sup>, 168). Aparece en un contexto capitalino, como parte de los dignatarios que se opusieron a las intenciones de Juan Seísmo, Terremoto, de acabar con los privilegios de los que gozaban las *Scholæ*, los regimientos de la guardia palatina, en lo que al reparto del pan se refiere, en detrimento de los soldados de los ejércitos de campaña.

En este contexto, tampoco parece que Leoncio estuviera al frente de una demarcación de territorial. No sería esta la primera noticia acerca de la existencia del *thema* de Opsarios, que sería una deformación de Opsikion, la demarcación que ocupaba Bitinia y tendría como capital Nicea. A lo que se referiría el desconocido cronista de la *Paschale*, según algunos estudiosos, es a uno de los regimientos de la guardia, cuyos integrantes estaban sujetos al *obsequium*, al ‘juramento de fidelidad’ y marchaban tras el emperador y cuyo comandante recibía el título de *κόμης* (Const. Porph., *D.Them.*, IV, 68; Haldon 2022, 114), el mismo que ostenta un Leoncio. No obstante, en un estudio reciente se ofrece una lectura diferente de este pasaje, en el que se aboga por una interpretación que no se basa en el error del cronista (Martínez Carrasco 2023b).

Volviendo al texto de Teófanos, debemos tener en cuenta que escribe hacia comienzos del siglo IX, cuando la voz *tourma* ha sustituido a *moira* para referirse a las unidades de 2.500 soldados al mando de un duque (Haldon 1984, 210). Jorge estaría bajo las órdenes del *magister militum per Armenias*, cargo que ya existía en el siglo VI (Treadgold 1995, 15), además con esa idea de aglutinar en un mismo ejército a gentes de un mismo origen étnico, pues no en vano uno de sus comandantes fue Heraclio el Viejo, un armenio procedente de Capadocia. El caso del *tourmarca* Jorge y el del conde Leoncio serían análogos, refiriéndose a sendos cargos militares sin conexión con un espacio geográfico aunque luego, *a posteriori*, esas unidades se dotaran de una entidad territorial concreta y un grupo

étnico, si bien lo que caracteriza a la población del *thema* de Opsikion es su heterogeneidad (Const. Porph., *D.Them.*, IV, 68; Haldon 2022, 114).

Habrá que esperar unas cuatro décadas, hasta el 666-667 para tener la certeza sobre el establecimiento de una primera frontera en Asia Menor, en su parte más oriental y limítrofe con el califato omeya. De nuevo es Teófanos el Confesor quien da la noticia. Las pocas líneas que contiene la mención son muy significativas en lo que a la composición étnica se refiere, abundando en ese carácter heterogéneo de la región microasiática. Porque en este caso, el *strategos* de los Armeniacos al que se refiere el cronista era «*Σαβώριος Περσογενής*», ‘Saborios, de estirpe persa’ (Theoph., AM 6159, 348; Mango – Scott 1997, 488), nos dice. Inmediatamente pensamos en uno de aquellos nobles iraníes que buscaron refugio tras las fronteras bizantinas cuando el imperio sasánida cayó engullido por la marea islámica hacia mediados del siglo VII. Uno de tantos que no tuvo reparos en ponerse al servicio del enemigo secular. No podemos descartar tampoco que el persa Saborios fuera uno de esos nestorianos que encontró acomodo en el monotelismo que pretendía integrar a los cristianos de los dos imperios bajo una fórmula común, aunque los efectos de esta nueva política religiosa, a la larga, no fueran los deseados (Martínez Carrasco 2022).

La imagen de este personaje cambia si nos asomamos a la tradición siríaca recopilada por Miguel el Sirio. Nuestro hombre deja de ser un persa para adoptar el patronímico de Aparasitgan (Mich. Syr., vol. 2, 11.12, 451), de claras reminiscencias armenias, devolviendo el gobierno de la circunscripción a alguien de ese *ἔθνος*, reforzando así esa idea de un territorio propio para la gente de este pueblo dentro de las fronteras bizantinas. Con ello, poniendo desde Constantinopla al frente de la demarcación a un etnarca, si se me permite el término, se daba carta de naturaleza a la singularidad de este espacio y sus habitantes. Esto además implica una descentralización en la defensa del Imperio; la creación de un poder semiautónomo identificado con el territorio sobre el que se asienta, con todo lo que ello conlleva. La consecuencia más evidente es la razón por la cual las fuentes mencionan a Saborios: los intentos por hacerse con el poder aprovechando los recursos materiales y humanos con los que contaban estos generales-gobernadores. Fue uno de los rebeldes al poder de Constante II (641-668).

La fragmentación de la península de Anatolia representa un juego de equilibrios, de confrontaciones, en el que las ambiciones de unos las contrarrestaban las ambiciones de otros. Así, la amenaza que suponían los *strategoí* de los Armeniacos para la estabilidad del Imperio convenció a los emperadores de la conveniencia de establecer un contrapoder en la zona. El paso lógico era la creación de una nueva circunscripción, de un

nuevo *thema* en la parte occidental. Probablemente ambos distritos se organizaran al mismo tiempo, aunque las fuentes los mencionen en momentos diferentes. En el caso del *thema* de los Anatólicos, entran en escena hacia el 668-669, justo cuando se produce la crisis sucesoria tras el asesinato del emperador en Siracusa. Vuelven a ser unas pocas líneas las que le dedica Teófanos, pero sumamente reveladoras del estado de ánimo en esos años: «Entonces, los hombres del *thema* de los Anatólicos marcharon sobre Jrisópolis, diciendo: “Creemos en la Trinidad. Permitidnos coronar a los tres”» (Theoph., AM 6161, 352; Mango – Scott 1997, 491-492). Las tropas de esta circunscripción aparecen actuando de forma autónoma, ya que no se menciona de forma explícita que su *strategos* estuviera al frente de la protesta, con capacidad para poner en peligro al emperador con sus reivindicaciones. El resultado de la intentona es el mejor indicativo tanto de su desorganización como de su capacidad disruptiva. El empalamiento de los cabecillas en *Συκαῖς* (antiguo nombre de Gálata) y el retorno de esos soldados, derrotados, a sus cuarteles, ponen de manifiesto el recelo y miedo con el que se veía la capacidad de los distritos para poner en jaque a la corte del Gran Palacio. El castigo nos parece desproporcionado, sin embargo, refleja la verdadera dimensión de la amenaza que representaron los *stratiotes* alzados en armas.

Estas primeras menciones a la existencia de circunscripciones administrativas y militares se producen en contexto de rebeliones militares durante períodos que bien podríamos calificar como «crisis constitucionales». A tenor de lo que reflejan las fuentes conservadas para los (mal) llamados «siglos oscuros», los ejércitos provinciales fueron un factor más de desestabilización. Hay dos elementos comunes a todos ellos. El primero, la construcción de una identidad propia contrapuesta siempre al centro, a Constantinopla, esgrimiendo con frecuencia motivos religiosos, que no son sino una forma de enmascarar las reivindicaciones políticas y económicas de las elites provinciales, cuando todo estaba dirigido a la supervivencia de la capital bizantina. El segundo elemento está estrechamente vinculado a lo anterior, ya que estas tropas provinciales también generaron tensiones en el interior de las circunscripciones, al ser vistas por parte del campesinado más como tropas de ocupación que como protectores frente a los enemigos exteriores (Haldon 2016, 185-188). Podríamos resumir la contribución de los ejércitos *themáticos* sobre la base de un desigual reparto de los recursos en dos direcciones y adoptando posturas contrapuestas, la que va del centro a la periferia, en la que las provincias son las perjudicadas; y la que establece las relaciones entre campesinado y ejército, en la que éste resulta beneficiado. Porque una de las imágenes más extendidas por lo que de romántico tiene, es la del campesino-soldado, que no tuvo realmente traslación a la realidad.

El número de efectivos calculado para ambas demarcaciones, la de Anatólicos y Armeniacos, puede darnos una idea aproximada de lo que llegaron a significar en la política interna del Imperio, más allá de su papel en la primera línea defensiva frente al islam. Para cualquier estimación dependemos de los testimonios que se han conservado y nos han llegado. Por ello, no es de extrañar que el siglo VII sea una laguna, un vacío que sólo podemos rellenar con especulaciones sobre los datos contrastados de los que disponemos para 559 y 773. De acuerdo con las estimaciones de Warren Treadgold o, más recientemente, José Soto, podríamos aventurar un total de 40.000 efectivos asentados en el *thema* de los Anatólicos, resultado de sumar los dos cuerpos de los *praesentalis*, el ‘ejército en presencia del emperador’, que ya habrían sido unificados bajo el reinado de Justiniano (Treadgold 1995, 63; Soto Chica 2015, 36). El tamaño se reduce sensiblemente en el siglo VIII. León III el Isaurio (717-741), que había llegado al poder a través de un golpe de Estado siendo *strategos* de los Anatólicos y por tanto consciente de los peligros de conceder tanto poder a una única persona, procedió a dividir el territorio del *thema* y por tanto el número de tropas adscritas a él. Las estimaciones realizadas arrojan para el año 773 unos 18.000 efectivos, un recorte de algo más de la mitad de las tropas. La merma que prolonga en el tiempo hasta los 15.000 hombres que llegó a tener *ca.* 899 (Treadgold 1995, 67). Para el caso de los Armeniacos, «heredero» del ejército de campaña de Armenia, los números muestran una evolución similar. Si en un primer momento las cifras parecen más estables, de los 15.000 hombres que se estiman para 559 (Treadgold 1995, 63; Soto Chica 2015, 38), a los 14.000 de 773, una disminución mínima, no ocurre lo mismo a lo largo del siglo IX, cuando se llega a los 9.000 en 840, para terminar la centuria con 6.000 (Treadgold 1995, 67).

*A priori*, lo que revelan estos números es una pérdida paulatina de la importancia de la frontera más oriental del Imperio, la que protegía el Éufrates, en favor del Tauro, donde se concentra el mayor número de efectivos militares. Buena parte de las campañas que los abasíes dirigieron contra el territorio bizantino penetraron a través de las puertas Cilicias, procedentes de Siria. Quizás no haya que mirar únicamente a la situación interna, al estado de los *themata* o a las necesidades defensivas de los bizantinos, sino también a la situación interna del califato, con un peso cada vez mayor de los emiratos semindependientes asentados en la región de Levante. Una de las cuestiones a tener en cuenta para explicar esa diferencia abismal entre Anatólicos y Armeniacos hacia finales del siglo IX y comienzos del X puede estar en una dispar demografía. Tendría que ver con una mayor afluencia de personas, de diversos orígenes étnicos en el *thema* occidental frente al mayor componente étnico del oriental. El descenso en

el número de tropas podría estar relacionado con una caída en la población que sería compensado con el recurso a esos *akritas* que pueblan los poemas épicos de la época a partir del siglo X. El trazado de nuevas fronteras internas a medida que surgen nuevos *themata* explica también la progresiva disminución en el número de hombres. Obedecería a una adaptación a la situación interna y externa con el objeto de garantizar la seguridad del territorio y de sus habitantes.

Ante ese recorte drástico tanto en territorio como en población, lo lógico sería pensar en una pérdida similar en la capacidad de influencia de sus oficiales al mando en la política bizantina. Las listas de precedencia que regían el protocolo en los ceremoniales públicos en los que participaban los emperadores y las principales dignidades del Imperio desmienten este extremo. Un vistazo a los *taktikones* de los siglos IX-X conservados, pone de manifiesto que la importancia del *strategos* de los Anatólicos y su homólogo armeniacos siguió siendo una realidad. Según el *Uspenskij* redactado en 842-843 bajo el reinado de Teodora y Miguel III (842-856), el «*πατρίκιος καὶ στρατηγὸς τῶν Ἀνατολικῶν*», ‘el patricio y general de los Anatólicos’, aparece inmediatamente después de los «*πατρίκιοι εὐνοῦχοι*», ‘los patricios eunucos’ (Oikonomidès 1972, 47). Era el primer oficial provincial tras los altos dignatarios de la corte del Gran Palacio; el hombre fuerte fuera de Constantinopla, el que acumularía un mayor poder militar tras el emperador ya que incluso los comandantes de los *tagmata* de la capital aparecen mucho más abajo en el *Taktikón Uspenskij*. El primero de ellos en ser nombrado es el «*πατρίκιος καὶ δομέστικος*», ‘patricio y doméstico’ (Oikonomidès 1972, 47), título que se le daba al comandante del regimiento de las *Scholæ* (en griego ‘*τῶν σχολῶν*’; véase Bury 1911, 49-51), una preeminencia en virtud de ser el primero de los cuerpos de guardia fundados por Constantino (305/224-337). No es casual, pues, que el *Uspenskij* mencione al «*πατρίκιος καὶ στρατηγὸς τῶν Ἀρμενιαικῶν*», al ‘patricio y general de los Armeniacos’, a continuación del citado doméstico de las Escuelas y el *ἀνθύπατος*, ‘procónsul’ (Oikonomidès 1972, 49), otro de esos cargos honoríficos que se conservaban en la corte bizantina, no por eclerotización de su estructura política, sino por el apego a las formas propio de sociedades ritualizadas (Bury 1911, 28-29).

En el otro *taktikón* conservado de este período, el *Κλητορολογίων* (título algo impreciso según Oikonomidès 1972, 65) de Filoteo compuesto hacia 899-901, se observa un orden similar. El *strategos* de los Anatólicos conserva el carácter de principal autoridad militar provincial en los ceremoniales justo por detrás, ahora, del *συγκέλλος*, ‘el sinclarios’, la persona de más confianza del patriarca, nombrado por el emperador personalmente dado que solía ser, además, su sucesor en el solio (ODB, 1993-1994; Oikonomidès 1972, 101 y 286). Poder político, militar y religioso se daban

la mano en las escenificaciones públicas, constituyendo un todo único e indivisible ante el público que asiste a la magnificencia de la corte, pero dejando clara la preeminencia del poder espiritual sobre el terrenal en cualquiera de sus vertientes, pues en todas las listas los miembros del patriarcado preceden al resto de dignidades. En la ordenación de Filoteo, desaparecen los ‘patricios de los eunucos’ que de forma singularizada están en el *Uspenskij* si bien se mantienen como dignidad en la titulación de otros cargos (Oikonomidès 1972, 137), del mismo modo que también lo hace el ‘procónsul’. Así, sólo queda la figura del ‘doméstico de las *Scholæ*’ separando al *strategos* de los Armeniacos de su homólogo Anatólico (Oikonomidès 1972, 101). Es probable que sea un síntoma de la depreciación del rango de *ἀνθύπατος* toda vez que ha sido ampliamente distribuido como medio de honrar a determinados personajes.

Tampoco podemos pasar por alto otra cuestión que evidencia el *Κλητορολογίων*, como es el hecho de que no se refiera a los *strategoí* también como *πατρικίος*, lo que unido a lo anterior podríamos interpretar del mismo modo: una depreciación del título. Otra lectura posible sería que a finales del siglo IX y comienzos del X la dignidad de ‘patricio’ y el cargo de *strategos* se hubieran fusionado, haciendo innecesaria cualquier distinción, considerándose una redundancia. De hecho, aparecen los tres cargos asociados en la segunda sección del texto de Filoteo: «*ἀνθύπατος πατρικίος καὶ στρατηγός*», ‘procónsul patricio y general’ (Oikonomidès 1972, 137), confirmando esa fusión de dignidades y cargos en el ceremonial; dignidades que eran con frecuencia más efectistas que efectivas, cuyo único objetivo era legitimar una ordenación político-militar sobre la base de la continuidad de la tradición romana clásica adaptada a las particularidades de finales del siglo IX.

De hecho, esa diferenciación vuelve a estar presente en el conocido como *Taktikon Benešević*, que N. Oikonomidès (1972, 242-243) data entre los años 934-944. Se trata de una obra mucho más breve que las precedentes, que no introduce grandes novedades en lo que al ceremonial se refiere, pero sí al reparto de cargos y dignidades. El *Benešević* confirma el papel central que tuvo el *strategos* de los Anatólicos aun cuando ya se había producido un recorte sustancial de su territorio que no es sino el reflejo de su carácter como principal frontera del Imperio. De otro modo no podemos interpretar que al título de *στρατηγός* se le añada el de *πρωτοσπαθάριος*, ‘el primero de los *spatharios*’, el único de los comandantes gobernadores de los *themata* que lleva esta titulación, dado que el de los Armeniacos aparece únicamente como *στρατηγός* (Oikonomidès 1972, 245). El hecho de que lleve esta titulación, indica que el de los Anatólicos se sentaba en el Senado de Constantinopla, situándolo un puesto clave del cuerpo político y cortesano bizantino como miembro destacado

de la guardia personal del emperador, personas muy próximas a su figura (Bury 1911, 111-113). Otorgar este título a quien estaría al frente de uno de los principales distritos perseguiría el objetivo de desactivar ese antagonismo entre la aristocracia provincial y la cortesana al dar el mando a quien también tenía intereses en el Gran Palacio y cuya carrera no dependía sólo de su capacidad para crear redes clientelares en el *thema*.

Lo más curioso de toda esta situación es que, a pesar de la diferenciación jerárquica existente entre los comandantes gobernadores, ésta no se traduce en una distinción por riqueza. Si sólo dispusiéramos de los *taktikonnes* referidos, pensaríamos que el de los Anatólicos gozaría además de una remuneración acorde con su cargo y dignidad y que ésta sería con mucho superior a la que tendrían asignada los *strategoi* de los Armeniacos. Algo lógico si atendemos únicamente al lugar que ocupan ambos en los ceremoniales y la titulación que llevan aparejada. No obstante, disponemos de testimonios que permiten esbozar una imagen diferente. En el *De Ceremoniis*, Constantino VII recoge para ambos la cantidad de 40 libras de oro en concepto de *πόγα*, ‘estipendio’, siendo, junto con el *strategos* de los Tracesios, los que recibían una mayor remuneración (Const. Porph., *D.Cerem.*, 2.50, 696), curiosamente uno de los que completaron el mapa de Asia Menor en su parte occidental con el de Opsikion, nacidos ambos de las sucesivas escisiones del *thema* de los Anatólicos. Además, por su condición de *protospatharios*, recibiría la suma también anual de 12-18 libras de oro (Const. Porph., *D.Cerem.*, 2.49, 692), suponiéndole al erario un total de 58 libras. Lo que nos lleva a otro aspecto, el de la creación de contrapesos entre los dos *themata* principales que se situarán siempre en bandos contrapuestos. Basta que el *strategos* de los Anatólicos apoye tal o cual medida para que el de los Armeniacos opte por lo contrario y que las demás circunscripciones se muevan según las filias y fobias que despierten ambos comandantes (Brubaker – Haldon 2011, 637). Se ve claramente durante el reinado de Irene y Constantino VI (780-797) o durante la revolución de Tomás el Esclavo, a la que se sumó el *strategos* anatólico, y a la que hizo frente su homólogo armeniaco, alineado con Miguel de Amorío (Martínez Carrasco 2023a, 99-120).

Una inscripción de la que se hace eco Constantino VII Porfirogeneta —o los intelectuales que trabajaban para él— da buena idea del conglomerado de pueblos que amalgamaba el *thema* de Anatólicos en su origen. Se trata de un epígrafe hallado en Esmirna y dedicado a Publio, del que dice era *ἀνθύπατος ἄρχων*, algo así como ‘procónsul arconte’ en una curiosa mezcla de magistraturas romanas y griegas clásicas, que perviviría, como se ha visto, durante el período bizantino. Este Publio ejercía su autoridad sobre las regiones de Jonia, Frigia, Eolia, Lidia, Helesponto, Paflogonia, Isauria o Licaonia, hasta los montes Tauro y el territorio de los

armenios (Const. Porph., *D.Them.*, I, 61; Haldon 2021, 88), que en este caso no tiene nada que ver con el *thema*, muy posterior a la fecha de la inscripción. Si hay algo que caracteriza a esta obra dedicada a las circunscripciones, es la recopilación de inscripciones. Esta labor de anticuario llevada a cabo por Constantino Porfirogeneta y sus colaboradores está relacionada con la búsqueda de legitimidad de la división *themática*. Era una forma de reivindicar la pertinencia de una división territorial que venía de tiempos antiguos y por tanto merecedora de conservarse. Con la instauración de una circunscripción que englobara estos territorios no se estaba introduciendo una ‘novedad’, siempre anatematizada, sino continuando una tradición.

En ese capítulo que el emperador-sabio dedica al *thema* de los Anatólicos en *De Thematibus*, sostiene que éste estaba habitado por «πέντε ἔθνων», ‘cinco pueblos’, y cita a frigios, licaonios, isaurios, panfilios y pisidios cuya particularidad es que se regían por sus propios gobernantes (Const. Porph., *D.Them.*, I, 62; Haldon 2021, 90). De nuevo, la nota erudita busca la misma finalidad que acabo de exponer. Si en el caso de las inscripciones lo que se persigue es justificar la existencia del *thema*, ahora se trata de dar una explicación acerca del porqué esos pueblos aparecen de forma más o menos autónoma, con sus propias autoridades, en el siglo X. Los *taktikones* confirman la pervivencia de esa práctica al menos hasta los años 899-901; tanto es así que aparecen de forma individualizada el «*τουρμάρχης τῶν φιδεράτων*» y el «*τουρμάρχης Λυκαονίας καὶ Παμφυλίας*», siguiendo este orden de prelación según el *Uspenskij* y el *Κλητορολογίων* de Filoteo, en el que se les da el título de «*σπαθαροκανδιδατος*» (Oikonomidès 1972, 55 y 149), pero no se les menciona en el *Taktikon Benešević*.

Ya se ha mencionado al *tourmarca* como un mando intermedio en los ejércitos bizantinos previos a la instauración del sistema *themático*. Con la creación de las circunscripciones, conservarán su carácter subalterno, al frente de cada una de las demarcaciones en que se dividieron los *themata*. El número de tropas que mandaba cada *tourmarca* variaba entre los 5.000 y los 2.000 hombres, dependiendo del tamaño del *thema*, aunque a finales del siglo X las *tourmas* quedarán reducidas a 800 efectivos (Bury 1911, 41-42; Treadgold 1995, 99 y 106). Las razones de esta disminución son análogas a las ya explicitadas para el caso de los *themata*. El título de *spatharokandidatos*, al igual que el de *protospatharios*, indica la intención de fusionar la aristocracia provincial con la cortesana, tratando de enviar a gente que ha servido en el Gran Palacio a las provincias, y viceversa, dar los provinciales un destino en Constantinopla. Literalmente, esta dignidad se le aplicaría a quienes pretendían entrar en el cuerpo de *spatharios*, no obstante, hay indicios que permiten pensar que los *σπαθαροκανδιδατος*

formaron un cuerpo independiente de la guardia, por lo que éstos no estuvieron bajo el mando del *πρωτοσπαθάριος* (Bury 1911, 26-27). Sabemos también, por lo que se colige de las fuentes conservadas, el salario anual de los *tourmarcas*, cuya *ρόγα* estaba fijada en 3 libras de oro (Treadgold 1995, 122), a las que habría que sumar las 6 libras que les correspondían por su dignidad cortesana (Const. Porph., *D.Cerem.*, 2.49, 692).

El hecho de que existiera un cuerpo de Federados asentado en Asia Menor y que además uno de sus comandantes más conocido fuera Tomás el Esclavo indicaría que quienes sirvieron como base fueron gentes provenientes de los Balcanes. Asimismo, su *tourmarca* era el de más edad de todos cuantos servían en los Anatólicos (Treadgold 1995, 99). Del mismo modo que poblaciones asiáticas fueron trasplantadas a los *themata* europeos, como el caso de los mardaítas en el Peloponeso (Martínez Carrasco 2019), también poblaciones eslavas fueron asentadas en circunscripciones microasiáticas. En torno al año 762 se produjo uno de esos movimientos poblacionales como consecuencia de la presión que los proto-búlgaros ejercían sobre los eslavos. Más de doscientas mil personas buscaron la protección del emperador Constantino V, quien los emplearía en la defensa de la frontera frente a los musulmanes (Theoph., AM 6254, 432; Nikeph., 75; Mango – Scott 1997, 599). Pero al mismo tiempo, con el establecimiento de este grupo de población, se introducía un elemento nuevo que debía convivir junto a licaonios o isaurios. Por lo que se desprende de las fuentes, es difícil pensar que los eslavos se mezclaran con los pueblos montañoses de la región y que, por lo tanto, conformaran una unidad propia, diferenciada del resto de la población.

Antes se mencionó la ciudad de Esmirna en relación con el epígrafe del ‘procónsul arconte’, pero también puede servirnos como uno de los ejemplos más representativos de los vaivenes territoriales que configuraron el Asia Menor durante los siglos que dieron forma a Bizancio. En la *Descriptio* de Jorge de Chipre (ca. 634), Esmirna queda encuadrada en la jurisdicción del patriarca de Constantinopla y bajo la autoridad de su obispo estarían los lugares de *Φωκίας*, *Μαγνησίας*, *Κλαζομενῶν* y *Ἀρχαγέλλου* (Georg. Cypr., 1736-1740). Se trataba la segunda ciudad en importancia tras Éfeso en el *thema* de los Tracesios: «*δευτέρα δὲ Σμύρνα*» (Const. Porph., *D.Cerem.*, III, 68; Haldon 2021, 112), una circunscripción creada en torno al año 741, cuando se menciona por primera vez la existencia de un *strategos* de nombre Sisinnakios («*Σισσινάκιον [...] στρατηγὸν [...] τοῦ θέματος τῶν Θρακησίων*») que aparece luchando al lado de Langinos, comandante de los Anatólicos en apoyo del armenio Artabasdos en su intento por suceder a León III el Isaurio (Theoph., AM 6233, 414; Mango – Scott 1997, 575). En esta parte de la crónica de Teófanos el Confesor encontramos mencionados y representados por sus cabecillas más

destacados, a los diferentes pueblos asentados en el territorio de Asia Menor comprendido dentro de los límites del *thema*: armenios, isaurios y griegos, tratando de hacerse con la diadema imperial, señal más que inequívoca de su integración en el sistema político bizantino.

Pero si hay algo que diferencia a esta zona de la costa de Anatolia del resto, es la fuerte presencia del elemento que daríamos en llamar «europeo». Es la parte donde se concentra la mayoría de la población grecoparlante y la *intelligentsia* bizantina tiene que darle una explicación coherente a esta situación, recurriendo a la etimología del nombre del *thema*, los Tracesios, derivándolo de la región del norte de Grecia. Por esta razón, cuando hablen del *thema* de los Bucelarios, situado al sur del mar Negro, desgajado de los Anatólicos *ca.* 768 (*vid.* Theoph., AM 6258, 440; Mango – Scott 1997, 608), harán hincapié en que la lengua de los romanos es el griego (Const. Porph., *D.Them.*, VI, 71; Haldon 2021, 123). La leyenda que recogen los intelectuales de Constantino Porfirogeneta nos lleva a finales del siglo VII a.C. cuando el rey lidio Aliates conquistó la región. Cuenta cómo mientras éste sitiaba la ciudad de Sardes, apareció un hombre acompañado por su familia procedentes de Misia, «*τῶν Θρακῶν χώρας*», ‘la tierra de los tracios’ (Const. Porph., *D.Them.*, III, 67; Haldon 2021, 110), aclara el texto, e incluye una cita de Homero para dar veracidad a la afirmación en la que se refiere a los misios que luchan cuerpo a cuerpo y cuya mención se inserta entre la alusión a «las tierras de los tracios, pastores de recuas» y «los nobles hipelongos, que se nutren de leche» (*Il.*, 13.4-6), claras alusiones al carácter nómada de esos pueblos en el momento en que se fijó por escrito el poema sobre la cólera de Aquiles durante la guerra de Troya. Ahora bien, no podemos considerar ésta una cita erudita más, sino que adquiere todo su sentido en este fragmento por aquella tradición que hace al autor de la *Ilíada* un esmirneo. Por este medio, Constantino y los intelectuales a su servicio inciden en la helenidad del espacio microasiático.

La historia del migrante misio que leemos en el *De Thematibus* es uno más de esos relatos de movimientos de pueblos entre Europa y Asia Menor a través de los Dardanelos. Pero con una particularidad: quien protagoniza la historia no es el hombre, sino su mujer. De acuerdo con la tradición de la que se hacen eco en la Constantinopla del siglo X, la familia de migrantes se había asentado en la ciudad de Sardes en el momento en que el rey Aliates la sitió. Cuentan cómo «*ἡ γυνή τοῦ θρακῶς*», ‘la mujer del tracio’, salió llevando sobre la cabeza una tinaja de barro (gr. *στάμνος*) y en las manos, una rueca y un huso (gr. *ἡλακάτην καὶ ἄτρακτον*), mientras que el caballo iba tras ella atado a la rueca (Const. Porph., *D.Them.*, III, 67; Haldon 2021, 111). Es una mezcla de elementos que la tradición asigna a hombres y mujeres muy interesante: la tinaja llena de agua, el

huso y la rueca representarían el cuidado de la familia a través de la alimentación y el vestido, propios de una concepción de la feminidad, mientras que el caballo, con su simbolismo totémico, estaría en relación con lo masculino, lo colectivo/tribal. En este caso, es en ‘la mujer del tracio’ donde convergen ambas esferas, lo cual también podría trasladarse al mundo de la frontera entre Bizancio y el califato —en realidad, a cualquier «zona de contacto»— donde la mujer tiene que adoptar un rol que, en principio, nada tendría que ver con su género, es decir, con lo que culturalmente se ha adscrito a la idea de *mujer*. Y en esta historia resulta menos conflictivo por cuanto no se refiere a una griega, epítome de la civilización, sino de alguien en cierto modo ajeno a esa cultura. Ella es quien se atreve a romper el cerco de Aliates y quien llama la atención del soberano por su valentía, el cual inmediatamente se puso en contacto con el rey Cotis para que le enviara colonos tracios con los que poblar los nuevos territorios incorporados a su reino (Const. Porph., *D.Them.*, III, 67; Haldon 2021, 111).

La mayoría de quienes han trabajado sobre el *De Thematibus* coinciden en señalar la imposibilidad de establecer el origen de esta leyenda, atribuyéndola a Nicolás de Damasco. Provenga de donde provenga, lo que nos interesa de ella es la necesidad que se tenía en el siglo X de establecer una conexión entre las diferentes partes del Imperio en un intento por armonizar las dos almas de Bizancio, la griega y la asiática, por medio de este tipo de historias. Por eso, Constantino Porfirogeneta y sus intelectuales afirman que esta es la razón por la cual a quienes viven en Asia Menor son llamados tracios pero también el motivo por el cual su población está formada por labradores y artesanos laboriosos y hábiles (Const. Porph., *D.Them.*, III, 67; Haldon 2021, 111). Curioso que no se mencionen las virtudes guerreras de los habitantes de este *thema*, cuya orientación tendría más que ver con la producción agrícola y artesanal que con la defensa del territorio. Tal vez por eso la pieza clave del ejercicio de etnología histórica que hacen el emperador y los sabios áulicos sea una mujer. Otra cuestión no menos importante es el recurso a las migraciones más o menos masivas, a la colonización o deportación de pueblos enteros a nuevos espacios incidiendo en el carácter mestizo del Imperio. Pero lo más destacado de todo es la voluntad anticuarista de quienes escriben la historia de la *πολιτεία*, incidiendo en la línea continua, ininterrumpida entre el pasado mítico y el presente.

Un presente mucho más complejo que la construcción que del pasado nos ofrece la intelligentsia bizantina. Las fronteras internas del Imperio no son estancas y de nuevo el caso de Esmirna es paradigmático. Me he referido a esta ciudad como la segunda en importancia del *thema* de los Tracios, pero, de acuerdo con las fuentes de las que disponemos, no

pertenecería a una única circunscripción. Al mismo tiempo que estaba dentro de los límites de ésta, funcionaba como capital del *thema* de Samos, ya que había sido elegida por su *strategos* como *πραιτώριον*, ‘residencia oficial’ (Const. Porph., D.Them., XVI, 82; Haldon 2021, 160). La elección de Esmirna no es casual ni tendría que ver (sólo) con la belleza del lugar, sino con la ubicación de la ciudad, ideal para servir como fondeadero de la flota. La primera mención a este *thema* podemos leerla en la obra de Filoteo, en la que menciona al «ἀνθύπατος πατρικίος καὶ στρατηγὸς τῆς Σάμου» (Oikonomidès 1972, 139), con una sucesión de títulos que ya hemos visto. No ocupa en el *Κλητορολογίων* una posición demasiado destacada, lo que daría buena cuenta de una fundación reciente con respecto a la fecha de redacción de esta obra y que además vendrían a confirmar los 600 marinos adscritos más 3.980 remeros que se calculan para este *thema* (Treadgold 1995, 67). Da la imagen de una ciudad volcada hacia el mar, con un trasfondo agrícola y artesanal, razón por la cual se convirtió en cabeza de una circunscripción marítima cuya proyección hacia las tierras del interior le confiere un carácter de nodo, de eje a partir del cual se articula el territorio que tiene alrededor.

Porque la construcción de las fronteras no implicó necesariamente una separación entre distintos, sino un espacio de convergencia y asimilación. El complejo mosaico de pueblos asentados en Asia Menor se prolongaría durante siglos sustentándose sobre las bases establecidas por unos emperadores que entendieron que la fuerza de su Estado residía en la capacidad de adaptación a las nuevas realidades que imponían los acontecimientos. En este contexto, la integración de los distintos era un paso obligado para ello sobre todo en un área crucial de la que dependía la supervivencia material y cultural del Imperio romano oriental.

### *Bibliografía*

*Autoridades* = Real Academia de la Lengua, *Diccionario de Autoridades*, 6 vols., Madrid: 1726-1739.

BRUBAKER – HALDON 2011. L. Brubaker – J. Haldon, *Byzantium in the Iconoclast Era, c. 680-850*, Cambridge: Cambridge University Press.

BURY 1911. J. B. Bury, *The Imperial Administrative System in the Ninth Century*, Londres: Oxford University Press.

CASTILLO DIDIER 2012. M. Castillo Didier, «El Cid y Diyenís: ¿héroes de novela o de epopeya?», en O. Omatos Sáez – I. Mamolar Sánchez – J. Alonso Aldama (eds.), *Culturas hispánicas y mundo griego*,

- Vitoria/Gasteiz-Granada: Sociedad Hispánica de Estudios Neogriegos, 103-114.
- Chron. Pasch.* = L. Dindorf, *Chronicon Paschale*. Edición crítica, Bonn: Weber, 1832.
- Const. Porph., *D.Cerem.* = A. Moffat – M. Tall, *Constantine Porphyrogenetos. The Books of Ceremonies*. Edition and translation, 2 vols., Canberra: Australian Association for Byzantine Studies, 2012.
- Const. Porph., *D.Them.* = A. Pertusi, *Costantino Porfirogenito. De Thematibus*. Introduzione, testo critico e commento. Città del Vaticano: Biblioteca Apostolica Romana, 1952.
- COROMINAS, 1984. J. Corominas, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Con la colaboración de J. A. Pascual, 5 vols., Madrid: Editorial Gredos.
- COVARRUBIAS, 1611. S. de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid: Imprenta de Luis Sánchez.
- CTORIS 2015. M. Ctoris, *Género y recepción de Basilio Dijenís Acritis*. Tesis doctoral, Universidad de Granada, 2015.
- Georg. Cypr. = H. Gelzer, *Georgii Cypri. Descriptio Orbis Romani*. Edición crítica, Leipzig: Teubner, 1890.
- HALDON 2021. J. Haldon, *The De Thematibus ('On the themes') of Constantine VII Porphyrogenetus*. Translation with introductory chapters and notes. Liverpool: Liverpool University Press.
- HALDON 2016. J. Haldon, *The Empire that would not die. The Paradox of Eastern Roman Survival, 640-740*, Cambridge, Massachusetts – Londres: Cambridge University Press.
- HALDON 1984. J. Haldon, *Byzantine Praetorians*, Bonn: Dr. Rudolf Habelt GMBH.
- Hdt. = F. R. Adrados – C. Schrader, *Heródoto. Historia*. Introducción, traducción y notas, 9 vols., Madrid: Editorial Gredos, 1977-1989.
- Il.* = E. Crespo Güemes, *Homero. Ilíada*. Introducción, traducción y notas, Madrid: Editorial Gredos, 1996.
- MANGO–SCOTT 1997. C. Mango – R. Scott, *The Chronicle of Theophanes the Confessor. Byzantine Near Eastern History, 284-813*. Translation, edition and notes, Oxford: Clarendon Press.

- MARTÍNEZ CARRASCO 2023a. C. Martínez Carrasco, *Un mar verde y púrpura. Bizancio y al-Ándalus en el Mediterráneo medieval*, Barcelona: Ático de los Libros.
- \_\_\_\_\_, 2023b. C. Martínez Carrasco, «Un episodio iconoclasta durante el reinado de Heraclio: Juan Seísmo y el uso del patrimonio con fines políticos», en J. García González (coord.), *Patrimonio cultural herido en el Mediterráneo. Desde la Protohistoria a la Edad Media*, [Astarté. Estudios del Oriente Próximo y el Mediterráneo 6], pp. 15-38.
- \_\_\_\_\_, 2022. C. Martínez Carrasco, «Contra el emperador hereje: comunidades sirias durante la querrela monotelita», en L. Bonhome Pulido – E. M. García García (eds.), *De Qumran al Qur'an: textos y grupos sectarios en el Oriente Próximo tardoantiguo*, Madrid: Sínderesis, 181-202.
- Mich. Syr. = J.-B. Chabot, *Chronique du Michel le Syrien Patriarche Jacobite d'Antioche*. Introduction, traduction et notes, 3 vols. Bruselas: Culture et Civilisation, 1963.
- Nikeph. = E. Motos Guirao, *Patriarca Nicéforo. Historia Breve*. Introducción, traducción y notas, Granada: Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas (en prensa).
- ODB = A. Kazhdan – A.-M. Talbott (eds.), *Oxford Dictionary of Byzantium*, 3 vols., Nueva York-Oxford: Oxford University Press, 1991.
- OIKONOMIDES 1972. N. Oikonomidès, *Les listes de préséance byzantines des IX<sup>e</sup> et X<sup>e</sup> siècles*. Introduction, texte, traduction et commentaire, París: Éditions du CNRS.
- PRATT, 1996. M. L. Pratt, «Apocalipsis en los Andes: zonas de contacto y lucha por el poder interpretativo», *Centro Cultural del BID*. Disponible en: <https://publications.iadb.org/es/publicacion/16758/apocalipsis-en-los-andes-zonas-de-contacto-y-lucha-por-el-poder-interpretativo>
- SOTO CHICA 2015. J. Soto Chica, *Bizancio y la Persia sasánida: dos imperios frente a frente. Una comparación militar y económica, 565-642*, Granada: Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas.
- Th. = J. Calonge Ruiz – J. J. Torres Esbarranch, *Tucídides. Historia de la Guerra del Peloponeso*. Introducción, traducción y notas, 4 vols., Madrid: Editorial Gredos, 1990-1992.
- Theoph. = C. de Boor, *Theophanis. Chronographia*. Edición crítica, Leipzig: Teubner, 1883.

TREADGOLD 1995. W. Treadgold, *Byzantium and its Army, 284-1081*, Stanford: Stanford University Press.

WHITBY – WHITBY 2007<sup>2</sup>. M. Whitby – M. Whitby, *Chronicon Paschale. 284-628 AD*. Translation, edition and notes, Liverpool: Liverpool University Press.